

El fantasma de la traducción. Lorena Paz López entrevista a Javier Calvo

Seix Barral Los Tres Mundos *Ensayo*

Javier Calvo

El fantasma en el libro



Javier Calvo (Barcelona, 1973) es uno de los traductores literarios más prolíficos y mejor valorados en lengua española. Ha traducido al español a autores como David Foster Wallace, J.M. Coetzee, Don DeLillo, Salman Rushdie, Zadie Smith o Chuck Palahniuk, entre muchos otros. Es también escritor de narrativa y entre sus obras destacan *Mundo maravilloso* (finalista del Premio Fundación José Manuel Lara 2008), *El jardín colgante* (Premio Biblioteca Breve 2012) y *Suomenlinna* (2010). Recientemente ha publicado su ensayo *El fantasma en el libro* (Seix Barral, 2016) que trata de ofrecer al lector interesado por la literatura una visión panorámica de su oficio: la traducción literaria.

Hace pocos meses que ha salido a la luz tu ensayo El fantasma en el libro, en el que abordan el tema de la traducción de forma clara y concisa. Gracias a las varias anécdotas que en él incluyes y también al estilo dinámico con el que está escrito, este libro se presenta muy accesible al lector común y se aleja del ensayo tradicional que a veces se convierte en una especie de pasto para eruditos. ¿Qué acogida está teniendo el ensayo tanto dentro como fuera de España?

La verdad es que no lo sé bien, tampoco lo sabía cuando iba a publicar el libro. Se publican pocos libros sobre traducción en general y casi todos los que se publican son académicos, en editoriales especializadas, y suelen ser libros de teoría de la traducción o libros técnicos, manuales. Libros de divulgación sobre traducción literaria hay muy pocos y en el mundo hispano no hay casi ninguno. Mientras hacía mi investigación lo que encontré fueron básicamente ensayos literarios sobre traducción, normalmente de traductores que son también escritores y tratan su experiencia puntual acerca de determinados casos, por ejemplo, los libros de César Aira que cito en mi ensayo. El ensayo divulgativo no suele existir en este tipo de temas, por lo tanto cuando se publicó el libro yo tampoco tenía una expectativa clara de qué iba a pasar con él. En comparación con otros libros que he publicado el hecho de que se publicara en sí ya era suficiente, algo casi inverosímil; a mí me costó creer que se iba a publicar en una editorial como Seix Barral un libro sobre traducción, por lo tanto cualquier cosa que pasara con él me parecería bien. De momento solamente ha tenido una historia en España porque es donde se distribuye. Ahora están empezando a salir las primeras reseñas en Argentina, el problema con los países de Latinoamérica es que la distribución allí es muy limitada, casi no hay lugares que vendan los libros que se publican en España. También es un libro pensado para el mercado español. En un mundo ideal me habría gustado hacerlo para el mundo iberoamericano, pero estoy limitado; así como puedo decir que tengo un buen conocimiento de cómo se practica la traducción en Argentina no puedo decir cuál es la situación en Colombia o en México, por lo que

acabó siendo un libro muy hispanoargentino. La acogida que tuvo fue y está siendo buena en términos de medios de comunicación. Como digo casi exageradamente buena para ser un libro sobre un tema que no le interesa a nadie.

En el libro haces un breve recorrido histórico por los senderos que ha ido tomando la traducción. Desde lo que denominas la "edad heroica" de Cicerón y compañía, pasando por las diferencias en la concepción de la traducción de Nabokov y Borges, hasta nuestros días, en los que parece que el traductor es "un simple proveedor" de las grandes editoriales. "A los traductores nos está vedada la interpretación", afirmas. ¿Hasta qué punto crees que está cercenada la posible creatividad de un traductor hoy en día? Tú que has traducido tanto y para editoriales tan diversas, ¿hay más margen para la creatividad cuando se trabaja para una editorial alternativa?

No. Hay una dinámica de trabajo, una serie de rutinas en el mundo editorial que pueden variar un poco de país a país, pero en el mercado español donde yo me he encontrado no hay ninguna diferencia entre las grandes editoriales y las pequeñas. Yo creo que no hay tantas diferencias en muchos sentidos, no solo en relación a la cuestión de la traducción. La edición independiente ha sido un fenómeno que ha cambiado completamente el mercado, en muchos sentidos lo ha roto, pero no ha representado, en mi opinión, una diferencia de prácticas de trabajo, ni siquiera en el tema de los catálogos o acerca de la literatura que se publica. Hay excepciones, es cierto, si nos vamos sobre todo ya a una serie de editoriales especializadas o más *underground*. Pero en general se trabaja de la misma forma en todas las editoriales, quizás por el hecho de que ha habido una especie de puerta giratoria entre editores de editoriales grandes y editoriales pequeñas, muchas editoriales independientes están pobladas de gente a la que han echado de los grandes grupos. La diferencia entre una editorial grande y una pequeña, en el caso de España, porque, por ejemplo, en Estados Unidos es muy distinto, es el hecho de que las editoriales pequeñas no tienen dinero para pagar autores grandes, entonces lo que hacen es nutrirse del fondo del catálogo de las editoriales grandes, publican autores más baratos, pero no necesariamente autores que tenga un estilo más minoritario, más vanguardista o más difícil, por una sencilla razón: ellas también necesitan sobrevivir y necesitan intentar entrar dentro de los modos de lo que es potencialmente comercial. Están sometidos a los mismos requisitos del mercado que las editoriales grandes, lo que significa que tratarán una traducción exactamente igual. Siempre tiene que ser una traducción clara, fluida, correcta.

Con respecto al tema de la creatividad del traductor, nadie quiere a un traductor creativo y yo lo entiendo porque un traductor creativo no funcionaría hoy en día. El traductor creativo pertenece a una época en la cual no existía un requisito por parte del lector de leer lo que dice el original. Existía desde una visión de lo que sería una traducción entendida casi como un género literario, en el que se entendía que el traductor ha adaptado o ha puesto de su parte. Eso hoy en día ya no existe y no creo que vuelva por la razón de que vivimos en una cultura global en la cual hay un criterio de veracidad en

torno a las traducciones. Hay diferencias también dependiendo del ámbito. Es cierto que hay un mayor margen de acción para los traductores de poesía, con matices. Por ejemplo, una traducción de poesía en una edición bilingüe no tiene tanto margen. La situación actual es la que es y no creo que vaya a cambiar. La estructura del libro intenta reflejar esto, por eso lo he dividido en dos partes. Hay una parte que se refiere a una situación previa, en la que el traductor era como un escritor, era más literato que traductor y una situación posterior, la actual, en la que el traductor es más traductor que literato. Una especie de técnico en idiomas al que se le presupone cierta competencia literaria.

La cuestión del español "panhispánico", del español "neutro", lo que tú llamas también el "español de las traducciones" es de máxima actualidad. Cada vez más las traducciones al español buscan huir de la identificación con un área geográfica concreta en pos de un español que sea supuestamente más global. Los lectores latinoamericanos se quejan de que no se ven representados en este español. ¿Cómo crees que podría cambiar esta situación? ¿Existirá algún día un diálogo real entre orillas?

Para mí no es un asunto de máxima actualidad. Lleva así un siglo, siempre ha pasado esto. Ha habido una dialéctica basada en la posición de dominio de los mercados editoriales de lo que sería México y el Cono Sur y la Península Ibérica en la cual por razones políticas se ha ido alternando esa posición de dominio. Mientras ha habido una posición de dominio ha habido una exportación editorial y esa exportación editorial incluía, por supuesto, una exportación de traducciones. Esto quiere decir que llevamos cien años de infelicidad con las traducciones ajenas. Gente con ideas al respecto la hay, en el libro plasmó algunos testimonios de gente que ofrece algunas posibles soluciones, quizás muy utópicas. El problema se solucionaría en el momento en el que los mercados fueran autóctonos y no hubiese exportación de libros, lo cual es también una pérdida. Lo que no es realista es que haya una serie de mercados de traducción autosuficientes dentro del mundo hispano, es decir, que cada país abastezca sus propios mercados de traducción. La razón de que los mercados no puedan ser autosuficientes es, primero, que la gran mayoría de países hispanohablantes no tienen un mercado editorial lo suficientemente desarrollado. Son países con economías en vías de desarrollo, donde la traducción no se ha profesionalizado todavía, por lo tanto sus lectores siempre van a depender de traducciones foráneas en mayor o menor medida. Quizá con la única excepción de España, porque sigue teniendo el mercado editorial más fuerte, por tanto esa no es la solución. Quizá la solución podría ser más una cuestión pedagógica. Hacer pedagogía del hecho de que uno puede leer una traducción escrita en una variante del español que no es la suya de la misma manera que uno puede leer una novela escrita en una variante del español que no es la suya. Realmente es un problema de difícil solución. Quizás otra posibilidad sería la de postular en las traducciones un español que intente no ser de ninguna parte, como por ejemplo el español de las traducciones de Cortázar, que supuestamente no son de ninguna parte. Lo que pasa es que hay un cierto

español estándar latinoamericano, pero luego hay variantes del español que lo rompen por completo, como el español de España y el de Argentina, que no se parecen en nada y que son justamente los países que más traducen. Mi intención con respecto a este tema en el libro era más bien constatar una situación, no ofrecer un remedio porque no lo tengo. Siendo utópicos, si la precariedad de las diferentes escenas editoriales independientes de las capitales de América Latina se eliminase y llegaran a ser grandes editoriales y a convertirse en centros de producción, entonces evidentemente estaríamos en una situación mucho mejor y dejaría de existir este problema.

Hay quien dice que lo políticamente correcto es la nueva forma de censura. ¿En qué medida esto afecta también a la manera en que se traduce?

En mi experiencia no afecta de ninguna manera. Prácticamente todas las editoriales a las que se ajustan es a un tipo de corrección que no es política, bueno, lo es pero es distinta, que es la de la RAE y la de los diferentes libros de estilo y manuales institucionales. Este tipo de corrección todavía no ha alcanzado lo que nosotros consideramos corrección política. No la ha alcanzado y tampoco sé si la va a alcanzar algún día. Cualquier intervención del traductor que fuera en dirección a esta corrección política en cuestiones raciales, de género u otro tipo, sería inmediatamente modificada por los correctores de la editorial pertinente. Por ejemplo, hace un par de años yo traduje un libro titulado *We Should Be All Feminists*, la traducción del título ya encerraba una trampa de por sí. La traducción correcta en mi opinión sería "todo el mundo debería ser feminista", pero la traducción correcta según la RAE, que considera que el masculino es el género no marcado, hace que ese libro cuando salga a las librerías se traduzca como "todos deberíamos ser feministas". Con esto quiero decir que no creo que haya ningún tipo de presión a este respecto a la hora de traducir.

Hay un tema que siempre suscita mucha curiosidad y es el de las traducciones de los títulos de las obras que difieren bastante de los originales, en muchas ocasiones obedeciendo a estrategias comerciales y en otras a lo políticamente correcto, o a ambas. ¿Tiene el traductor algún tipo de poder de decisión en estas cuestiones?

El traductor no tiene ningún control final sobre la traducción en ningún sentido. Al traductor se le presupone una competencia pero no se le presupone un criterio. Primero está el traductor, que será corregido por un corrector. Al corrector mismo se le presupone ya más criterio que al traductor, y por encima de ese corrector están los editores, y por encima de los editores están los departamentos de marketing. Por lo tanto, el traductor es el último que puede tomar decisiones finales acerca de su traducción. De hecho, muchas veces el traductor ni siquiera verá la traducción una vez la entrega y específicamente el título es sobre lo que menos control tiene. Muchas veces quien tiene una influencia sobre el título de una obra literaria hoy en día son los comerciales que van de librería en librería, a quienes se les supone también una cierta

sabiduría acerca de lo que pueden vender y lo que no. En mi caso es diferente, yo tengo la posibilidad no solamente de ver la traducción, sino de opinar sobre las correcciones. Pero mi caso no es representativo porque soy una especie de privilegiado dentro de los traductores, quizás porque tengo una carrera larga y porque tengo también una obra como escritor, pero la gran mayoría de gente que está trabajando hoy en día en las editoriales no tiene esa posibilidad.

En tu libro explicas con una claridad admirable las malas condiciones de trabajo de los traductores en España en comparación con otros países, principalmente con los países anglófonos. Existen algunas iniciativas llevadas a cabo por ejemplo por ACE Traductores para proteger los derechos de los traductores, pero está claro que no son suficientes. ¿Qué habría que cambiar para mejorar esta situación en España?

La situación de los traductores no puede mejorar por sí misma. El gran problema ahora mismo es que todo el mundo en el sector de la cultura está mal y ya estaba mal antes de que hubiera una recesión económica de la hostia en el año 2008. España nunca fue un país donde el profesional de la cultura pudiera vivir bien. Como resultado de la recesión y de una serie de cuestiones relativas a la circulación de la cultura profesiones enteras se han ido al carajo, como los periodistas. Un periodista era una persona que cuando yo era joven podía ganarse la vida, ahora ya no. Ahora está un poco a un nivel por encima del mendigo de película de Monty Python. Lo que no tiene sentido es que los traductores en sí reivindiquen una mejora independientemente de todos los trabajadores del sector editorial y del sector de la cultura.

Uno de los debates eternos dentro del mundo de la traducción es la relación entre la traducción y la escritura. Tú que publicas tus propias novelas y que traduces las de otros, ¿qué opinas acerca de esta cuestión? ¿Existe realmente diferencia entre traducir y escribir?

Hay ciertos elementos obviamente comunes entre el traductor y el escritor, ambos comparten una serie de herramientas técnicas, como un supuesto dominio del lenguaje literario o un supuesto conocimiento de la tradición literaria, pero no son iguales. Sí creo en la analogía entre ambas actividades y sí pienso que deberían estar más cerca la una de la otra. Creo que, por ejemplo, sería interesante volver a esta especie de visión modernista o moderna de la traducción como algo no tan lejano a la escritura creativa, pero no pienso que sean lo mismo, no pienso que deban ser lo mismo.

En los últimos 20 años se han publicado una gran cantidad de novelas que tienen como protagonistas a traductores. ¿A qué crees que se debe este auge del traductor como protagonista?

Conozco el fenómeno solamente de oídas, pero no sabría decir a qué se debe este auge. Sé que hay muchas novelas, principalmente de un tiempo a esta parte, pero no sabría

decir exactamente por qué. Es posible que haya cierta interpretación metafórica del papel del traductor, como persona que está entre dos mundos y también cierta romantización del oficio.

Por último, llevas meses concediendo entrevistas a diferentes medios, ¿cuál es esa pregunta que nunca te han hecho y que siempre has querido contestar?

No se me ocurre ninguna pregunta, lo que sí querría decir es que es una situación un poco rara el hecho de publicar este libro y luego también ser una especie de portavoz de los traductores literarios, no lo soy en absoluto. Para mí este es un libro de tesis más que un libro puramente reivindicativo. Y es una tesis con la que sé muchos traductores no están de acuerdo, quizá porque se sienten mucho más cómodos en su papel de pieza dentro del sistema editorial. Lo único que he hecho aquí ha sido soltar mi rollo a la gente y a veces esto se ha interpretado como una especie de reflejo de la mentalidad de los traductores, lo cual me parece muy peliagudo.